“NUEVE AMIGOS MIOS EN EL SEÑOR...”¹

Resumen: Los primeros Amigos en el Señor sellaron una comunión espiritual que les fue dada "de arriba". Primero les unió el amor de Dios. Esta unión la realizaron uniéndose para conformarse juntos en sus pensamientos y deseos y por último por medio de la obediencia. Repitiendo esta misma experiencia, sabemos que el amor de Cristo nos llama, nos une y nos envía en misión. Y se extiende, como dicen las Normas, a los "amigos del Señor", los pobres y los marginados. Hoy el problema es cómo aceptar como un don venido de arriba la amistad que se nos dispensa, extenderla a nuestros compañeros y aun a los pobres a los que somos enviados.

“**D**e París llegaron aquí, mediado enero, nueve amigos míos en el Señor...”. La frase permaneció por más de cuatro siglos olvidada en uno de los volúmenes de Monumenta Ignatiana, hasta que fue felizmente rescatada por Pedro Arrupe e incorporada en los documentos de la Compañía de Jesús, para compendiar la comunión de vida y de trabajo que identifica al cuerpo apostólico disperso por el mundo en servicio de la misión de Jesucristo. “No somos meramente compañeros de trabajo- somos amigos en el Señor”, afirmó la Congregación General 34², consagrando con su autoridad esta manera de definirnos y reconocernos como partícipes de la comunión que Dios creó entre Ignacio y sus primeros compañeros.

¿Pero, en verdad, *nos reconocemos* los jesuitas plenamente en aquella expresión, “procedente de la pluma de Maestro Ignacio verosíblemente una sola vez y hasta anterior a la fundación de la Compañía”?³ Esta pregunta la formuló a toda la Compañía el P. General, Peter-Hans Kolvenbach, para las cartas de oficio de 1996. Las respuestas estuvieron lejos de ser unánimes...

Una expresión con historia

Quizás fue una sencilla expresión salida desprevenidamente de la pluma de Ignacio, en la carta que escribió desde Venecia el 24 de julio de 1537 a su viejo amigo Juan de Verdolay, para darle cuenta de los primeros compañeros con quienes había conformado desde París una pequeña “compañía de Jesús”, comprometida en un proyecto apostólico. No tenemos noticia de que la haya usado otra vez en su correspondencia. Los “*nueve amigos míos en el Señor*, todos maestros en artes y asaz versados en teología, los cuatro de ellos españoles, dos franceses, dos de Saboya y uno de Portugal”, terminados sus estudios universitarios, se han reunido de nuevo con Ignacio, quien los esperaba en Venecia, acaban de recibir la ordenación sacerdotal, los que aún no eran sacerdotes, y preparan su viaje a Tierra Santa. Ignacio describe a Verdolay la llegada de sus compañeros y los planes inmediatos que tienen:

Los cuales todos, pasando por tantas afrentas de guerras y caminos largos a pie y en la fuerza del invierno, entraron aquí en dos hospitales, divididos para servir a pobres enfermos en los oficios más bajos y más contrarios a la carne. Después que en este ejercicio estuvieron dos meses, fueron a Roma con algunos otros que en los mismos propósitos los seguían, a tener la semana santa; y como ellos se hallasen en pobreza, sin dinero y sin favor de ningunas personas de letras ni de otra cosa alguna, confiando y esperando solamente en el Señor, por quien venían, hallaron, y sin trabajo alguno, mucho más de lo que ellos querían⁴.

Efectivamente, algunos de ellos viajaron a Roma y hablaron al Papa, quien les brindó toda clase de favores, bendición para peregrinar a Jerusalén, licencia para ser ordenados sacerdotes los que aún no lo eran, y hasta “al pie de sesenta ducados en limosna”, exhortándoles a que perseveraran en sus propósitos. A su regreso a Venecia, siete de ellos se ordenaron y acordaron distribuirse para trabajar por diversos sitios en el Norte de Italia, esperando la oportunidad para emprender su viaje a Tierra Santa, como habían prometido en Montmartre:

Este año, por mucho que han esperado pasaje para Jerusalem, no habido nave ninguna, ni la hay, por esta armada que el turco hace... escrita ésta, otro día siguiente se parten de aquí de dos en dos, para trabajar en lo que cada uno pudiese alcanzar gracia del Señor nuestro, por quien van. Así todos andarán repartidos por esta Italia hasta el otro año, sí podrán pasar en Jerusalem; y si Dios N.S. no fuere servido que pasen, no esperarán más tiempo, más en lo que comienzan irán adelante. Acá se nos han querido pegar algunas compañías, y sin falta de letras suficientes, y tenemos cargo de rehusar más que de aumentar, por temor de las caídas⁵.

La carta de Iñigo es un recuento de lo que el grupo reunido en Venecia se propone realizar para llevar a cabo cuanto habían soñado y prometido durante sus años de estudio en la universidad de París: “en lo que comienzan irán adelante”, expresa con firmeza. Si la peregrinación a Jerusalén no puede realizarse, al término del año convenido se presentarán al Papa, quien tiene visión de las necesidades de toda la cristiandad, para que les señale dónde emplearse mejor en servicio de Dios y ayuda de las ánimas.

En otra carta de 1539 a su sobrino Beltrán de Loyola, le habla de “la Compañía que esperaba” y que finalmente: “ha placido a Dios nuestro Señor por la su infinita y suma bondad... tener especial providencia de nosotros y de nuestras cosas, o por mejor decir de las suyas (pues las nuestras no buscamos en esta vida)”⁶. Después de muchas contradicciones y juicios varios, el Papa ha *aprobado y confirmado* su modo de proceder, “viviendo con orden y concierto”, y les ha dado facultad para hacer constituciones entre ellos, según lo que juzguen más conveniente a “nuestro modo de vivir”.

La expresión con la que Ignacio llama a sus compañeros “amigos en el Señor”, aunque aparece como una frase aislada, probablemente nunca más repetida, y escrita antes de la fundación de la Compañía, se inscribe en el contexto de una relación que compendia con gran vigor cuanto el grupo ha vivido en los años anteriores y lo que se propone realizar en adelante. Es el relato de un proceso fundacional que sigue adelante. Aunque la fecha oficial de fundación de la Compañía de Jesús puede situarse el 27 de septiembre de 1540 con la Bula *Regimini militantis Ecclesiae*, mediante la cual Paulo III aprobó y confirmó el proyecto apostólico de Ignacio y sus nueve compañeros, el largo proceso de configuración de la pequeña comunidad que ahora se presentaba ante el Vicario de Cristo para exponerle su propósito y su modo de proceder, había comenzado muchos años antes alrededor de la Universidad, en París.

Cuando Ignacio escribe a Verdolay en 1537, recoge, pues, una historia de más de siete años de amistad, de íntimas experiencias personales de Dios, de intensa comunicación y discernimiento, de conformidad de ánimos en torno a un ideal forjado en los Ejercicios y, en fin, de progresiva convergencia en un modo propio de proceder. La pequeña comunidad de amigos en el Señor había nacido y crecía saludable, *convocada* por el amor personal con el que Jesús había conquistado a cada uno, *conglutinada* por

*no es otra cosa
que la vivencia de los
primeros compañeros*

la fuerza de ese mismo amor que a todos los llamaba sus amigos (ver Jn.15,15), *alimentada* por el deseo de comprometer sus vidas en seguimiento y servicio de aquél a quien consideraban su única cabeza y su exclusivo propósito. Lo que hace apenas unos años expresó hermosamente la Congregación General 33 sobre nuestro carisma: “La vida del jesuita tiene su raíz en la experiencia de Dios, que por medio de Jesucristo, en la Iglesia, nos llama, nos une, nos envía”⁷, no es otra cosa que la vivencia que los primeros compañeros traían a su entrada en Italia y que Ignacio comunicó desde Venecia sobre sus nueve amigos en el Señor. Será precisamente por aquellos días, en Vicenza, cuando decidirán identificarse como “Compañía de Jesús” ante los que les pregunten quiénes son y a qué se dedican. En su pudor y sobriedad, es probable que Ignacio no diera a esa expresión connotaciones afectivas especiales fuera de las que el uso común confiere a la palabra “amigo” en todas las lenguas; pero él y sus compañeros ciertamente vivían en auténtica amistad.

“Amigos en el Señor”, frase quizás desprevénidamente construida, pero que compendia con exquisitez lo que aquel grupo había llegado a ser, los propósitos que los unían

y las expectativas con que miraban su destino futuro. Cuando en las Deliberaciones de 1539 decidirán mantener y consolidar la comunión, reduciéndose a un cuerpo que ninguna división por grande que fuese los pudiera separar, el motivo de su opción es el de que “no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios ha hecho”.

Es, pues, una expresión preñada de historia. Una historia conducida suavemente por la mano providente de Dios, Ignacio confía en su relato autobiográfico que el Señor lo trataba en su peregrinación espiritual de la misma manera como trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole⁸. Años más tarde comentaría espléndidamente Nadal esta gestación divina de la Compañía de Jesús:

Durante el tiempo que estuvo en París no sólo prosiguió el estudio de las letras, juntamente encaminó su corazón hacia donde lo conducía el Espíritu la vocación divina, a la institución de una orden religiosa; aunque con singular humildad seguía al Espíritu, no se le adelantaba. Y así era conducido suavemente a donde no sabía, porque ni pensaba entonces en la fundación de una orden; y, sin embargo, poco a poco se abría camino hacia allá, y lo iba recorriendo, sabiamente ignorante, con su corazón confiadamente puesto en Cristo⁹.

Esta era la convicción que todos los compañeros tenían acerca de aquel período fundacional. Simón Rodrigues, en su comentario sobre el origen y progreso de la Compañía, escribe así: “Todos cuantos estamos congregados en la Compañía, sabemos que fue en aquella grande e ilustre academia parisiense, donde Dios bosquejó su primera forma y especie”¹⁰.

Con toda razón el P. General, al constatar la frecuencia con la que esta forma de designar y de caracterizar la comunidad de la Compañía viene siendo utilizada en los más recientes documentos de la Orden y en el lenguaje familiar de los jesuitas, ha querido consultar a todas las comunidades hasta qué punto todos nos reconocemos en ella. En su reciente Carta a la Compañía sobre la Vida comunitaria hace referencia a dicha consulta, después de anotar que la Compañía es un cuerpo universal del que quiere servirse el Espíritu para prolongar la Misión del Hijo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo y que la actividad apostólica de este cuerpo “enraíza su sentido y su

*la Compañía entera
se reconoce
en esta expresión*

finalidad, su dinamismo y su vigor, en un movimiento de amor cuya fuente y meta es (según las mismas palabras de Maestro Ignacio) la Santísima Trinidad (*Const.671*). Ahí, en ese movimiento de amor unitario, es donde nace la unión”¹¹.

La respuesta, según las cartas *ex officio*, ha sido diversa. Las diferencias de edad y de sensibilidad cultural, comenta el P. General, explican que un número importante de jesuitas “comparte el pudor de Maestro respecto al término a amigos”, aunque él viviera en “amistad auténtica con sus compañeros”¹²; otros muchos, en cambio, se han reconocido plenamente en ella y participan de la constatación de la última Congregación General acerca de las amistades maduras entre los jesuitas, como apoyo para el celibato y para

ahondar la relación afectiva con Dios¹³. El mismo P. General en su Carta estimula a toda la Compañía a vivir más plenamente como comunidad de amigos en el Señor.

Para que la Compañía entera pueda llegar a reconocerse en esta expresión, será preciso desentrañar lo que ella significó para Ignacio y los primeros compañeros y para la Orden naciente, como comunión de vida y misión; y también rastrear el proceso que condujo gradualmente a la conformación de lo que ellos llamaron en la Deliberación de 1539: “la unión y congregación que Dios ha hecho”¹⁴

Hacia la comunidad de amigos en el Señor: las primicias

Tendremos que remontarnos a aquella tarde de octubre de 1529, cuando dos estudiantes de veintitrés años que compartían la misma habitación en Santa Bárbara, debieron abrir espacio para acoger a un hombre quince años mayor que ellos, a quien don Juan de la Peña, su tutor y ahora nuevo maestro del recién llegado, le había indicado compartir aquella estancia.

Pedro Fabro y Francisco Javier llevaban ya tres años y medio juntos en aquel austero aposento y habían trabado una estrecha amistad a pesar de su diferencia de carácter. Fabro era más silencioso, con tendencias al escrupulo y a la depresión; Javier era alegre y dinámico, joven de rápidas decisiones. Debido a las dificultades de Iñigo al iniciar sus estudios de Artes, Fabro fue encargado por Juan de la Peña de servirle como repetidor. Rápidamente sintonizaron e Iñigo, que ahora había debido cambiar su nombre por el de Ignacio, se fue convirtiendo gradualmente en confidente, consejero y maestro espiritual de Pedro. Cada uno daba al otro lo que tenía, recordará Fabro más tarde:

...habiendo ordenado [Peña] que yo instruyese al varón santo, ya mencionado, conseguí gozar de su conversación en lo exterior y muy pronto también de la interior, viviendo juntos en el mismo aposento, participando de la misma mesa y de la misma bolsa; y siendo él mi maestro en las cosas del espíritu, dándome manera de ascender en el conocimiento de la voluntad divina y en el conocimiento propio, terminamos por ser uno en los deseos, en la voluntad y en el firme propósito de elegir esta vida que ahora llevamos los que somos y los que serán de esta Compañía, de la que no soy digno¹⁵.

Fabro le abrió pronto su conciencia. Poco a poco fue aprendiendo el examen diario de conciencia, la práctica de la confesión de su vida y de la comunión semanal, en la línea de los Ejercicios. Pero habrían de pasar cuatro años antes de que Ignacio lo aceptara para hacer los Ejercicios completos.

Con Javier, como sabemos, la relación fue más complicada. El familiar comentario que se atribuye a Polanco afirma: “Yo he oído decir a nuestro gran moldeador de hombres, Ignacio, que la más ruda pasta que él había manejado jamás, fue en los comienzos este joven

*juntos en el mismo
aposeno, participando de
la misma mesa y de la
misma bolsa*

Francisco Javier”. A pesar de que pronto se hicieron amigos, no sintonizaban en las cosas del espíritu, ni Javier participaba en las conversaciones piadosas de Fabro con Ignacio; incluso desdeñaba y se reía del camino que había escogido el peregrino. Sus sueños e ideales iban por otros rumbos. Ignacio tuvo que trabajar con paciencia, ayudándole incluso pecuniariamente en ocasiones y consiguiéndole discípulos para las clases que Javier había comenzado a dictar. Paso a paso Dios fue conquistando su corazón, “ordenando sus deseos y reanudando su afección primera”, como rezan los *Ejercicios*, hasta que finalmente se entregó en 1533. La “conversación”, arma preferida de Ignacio, lograba una vez más sus objetivos. El mismo lo recuerda: “En este tiempo conversaba con Mro. Fabro y con Mro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los Ejercicios”¹⁷.

Van llegando los demás

En 1533 llegaron a París dos inseparables amigos, que lo eran desde su adolescencia, Diego Laínez, de 20 años y Alfonso Salmerón, de 17. Provenían de la Universidad de Alcalá en donde habían oído hablar mucho de Iñigo, el peregrino, y acudieron a él en busca de alojamiento. Enseguida trabaron “familiar conversación y amistad”, comenta Laínez. Ambos practicaron los Ejercicios completos aquel mismo año, cada uno por separado, y concluyeron en la misma elección, asumir el proyecto de vida que hablan admirado tanto en Ignacio.

Simón Rodrigues, un joven aristócrata portugués, tenido por sus condiscípulos como inquieto y travieso, se encontraba en París desde 1527. Estudiaba Artes también en Santa Bárbara. Aunque conocía a Ignacio, ignoraba sus proyectos y la existencia del pequeño grupo que se había reunido junto a él. Pero acercándose para abrirle su conciencia, encontró en aquellas conversaciones la respuesta a las inquietudes que agitaban su espíritu acerca de la mejor manera de servir a Dios y pronto se adhirió a los primeros compañeros.

Nicolás de Bobadilla, castellano, tenía veinticuatro años cuando llegó a Santa Bárbara. Como describe García-Villoslada, era un joven de

carácter franco y abierto, alegre y humorista, un poco rústico, bastante desigual y arbitrario, amigo de cantar claras las verdades a cualquiera y enemigo de hipocresías, lisonjas y fariseísmos, tenía un corazón noble, piadoso y pronto el sacrificio¹⁸.

La manera como Bobadilla se vinculó al grupo dice mucho de su personalidad: “haciendo recurso a Iñigo, como persona que tenía fama de ayudar aun temporalmente muchos estudiantes, fue de él ayudado, procurándose comodidad de poder estar y estudiar en la Universidad”¹⁹

Habría de causarle muchos dolores de cabeza a Ignacio, pero sobreviviría a todos sus compañeros, muriendo con más de ochenta años tras un fecundo trabajo apostólico en Alemania e Italia.

Brota la *comunidad* de Amigos en el Señor

Así comenzó a crecer aquella célula, alimentada con esmero por quien la cuidaba como a la niña de sus ojos. Sus ideales y su modo de proceder iban tomando forma en torno a Jesucristo, a quien intentaban conocer íntimamente y amar con pasión, en el espíritu de los *Ejercicios*, y a quien habían decidido entregar su vida para seguirlo y servirle en la misión. Estos primeros siete compañeros estaban unidos gracias a la amistad personal de cada uno a su Señor, que se desbordaba para aglutinarlos entre sí; un dinamismo de conversión les era común. Así iba madurando una auténtica *comunidad* en el espíritu. Durante todo el tiempo que permanecieron en la universidad continuaron comunicándose, ayudándose en los estudios y en sus necesidades temporales. No emprendieron especial actividad apostólica, fuera de la conversación espiritual y trato con sus condiscípulos, pues estaban seriamente empeñados en su tareas académicas,

Todavía se les agregaron nuevos compañeros. Fabro, que desde el viaje de Ignacio a España en busca de salud, había quedado como “el hermano mayo”, dio los *Ejercicios* a los tres que acabarían de completar el grupo de los “nueve amigos míos en el Señor” - Claudio Jayo, saboyano como Fabro, sacerdote; por intermedio de éste, Pascacio Broët, también sacerdote; finalmente Juan Coduri, francés, de veintisiete años. Ninguno de los tres había hecho los votos de 1534 en Montmartre, pero en 1535 y 1536 todos acudieron a la colina, unos para renovarlos y los demás para pronunciarlos por primera vez.

Con la común decisión de consagrar totalmente sus vidas a Dios en servicio de los hombres y de realizarlo según el “modo de proceder de Ignacio”, los compañeros pasaron de ser un grupo transitorio de amigos universitarios, destinado a disolverse al abandonar la universidad, a sellar una *comunidad* espiritual en torno a un proyecto de vida y de trabajo. *Comunidad*, según estaban persuadidos, convocada por Jesucristo y apuntalada en virtud de respuestas personales de amistad con su Señor.

¿Cómo vivieron los compañeros y cómo caracterizaron la *comunidad* que había sellado su destino en Montmartre, durante su permanencia en París? Los datos de que disponemos sobre este espacio de tiempo son escasos. Habían tomado la decisión de no

*un dinamismo de
conversión
les era común*

hacer ningún cambio exterior en sus costumbres, para dedicarse seriamente a sus estudios, que absorbían todo su tiempo. Polanco, en sus *Sumarios*, enumera sobriamente los medios con que los compañeros “se establecieron y conservaron en sus propósitos”. Los votos pronunciados en Montmartre eran el vínculo que aseguraba la perseverancia y crecimiento de su *comunidad*: castidad, pobreza (que, sin embargo, sólo comenzarían a practicar después de graduarse), peregrinación a

Jerusalén, dedicación a las tareas universitarias. Una frecuente *comunicación* entre ellos alimentaba los ideales. Aunque *no vivían todos juntos*, las reuniones en la habitación de alguno para “comer en caridad”, eran la ocasión para tratar los asuntos del grupo y resolver los pequeños problemas de la vida diaria, ocasionados a veces por las diferencias

de naciones, lengua, carácter y cultura. “Y así se alimentaba y crecía entre ellos la amistad en Cristo”²⁰.

“Amigos en el Señor”, era en realidad la auténtica expresión de algo que se había hecho connatural entre ellos: experimentaban la amistad que les brindaba Jesús y que los había entrelazado a todos en una comunión que transfiguraba su confraternidad y superaba sus diferencias. Este era el pacto que los mantenía “en una suavísima paz, concordia y amor, comunicación de todos sus cosas y corazones; se entretenían para ir adelante en sus buenos propósitos... y así llegaron a ser diez, todos, aunque de tan diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad”²¹.

Tan idílica expresión no debe ocultarnos, sin embargo, las dificultades que tuvieron que superar en razón de sus grandes diferencias de carácter, de las que dan testimonio casi todos los documentos de las consultas y deliberaciones fundacionales. El acta de las Deliberaciones de 1539 comienza justificando francamente esas diferencias:

resolvimos tener juntas entre nosotros por muchos días antes de la separación, y tratar de nuestra vocación y forma de vivir. Lo cual como hubiésemos hecho muchas veces, y unos de nosotros fuesen franceses, otros españoles, otros saboyardos y otros cántabros, teníamos acerca de éste nuestro estado variedad de sentencias y opiniones, si bien todos con una misma intención y voluntad de buscar la beneplácita y perfecta voluntad de Dios, según el blanco de nuestra vocación”²².

El P. André Ravier, S.J. ha estudiado detalladamente el cuadro sobre el sistema de relaciones humanas entre Ignacio y sus primeros compañeros: armoniosas, indiferentes, conflictivas. Se trata, naturalmente, “de la armonía de los temperamentos naturales anteriormente a todo acto de la libertad y a toda acción de la gracia”, anota el autor²³.

Desde el 2 de febrero de 1528, cuando Ignacio entra a París “solo y a pie”, hasta la llegada a Roma a mediados de noviembre de 1537 de una “mínima compañía de Jesús” compuesta por diez sacerdotes fuertemente ligados por un propósito y un modo común de vivir y de proceder, transcurren diez años de una larga peregrinación geográfica y espiritual, atravesada por experiencias cumbres: en Montmartre (1534), Venecia y Vicenza (1537, la segunda “Manresa”, en San Pedro de Vivarolo), La Storta. La pequeña comunidad de amigos en el Señor, conquistada persona a persona por Ignacio, cooperando con la gracia, surge y va creciendo con el aliento de los Ejercicios, sorteando toda clase de dificultades y penurias. El proyecto inicial que los condujo a profesar sus primeros votos en Montmartre con una vehemente decisión de seguir a Jesucristo, su única cabeza, y con la inspiración de reproducir en el siglo XVI la comunidad del Señor con sus apóstoles, los cohesionan ahora de manera irrevocable. En la Ciudad Eterna, una vez superadas las contradicciones que amenazan momentáneamente su existencia, acabarán de configurar su proyecto.

*buscar la beneplácita
y perfecta
voluntad de Dios*

Las Deliberaciones tomadas durante la cuaresma de 1539 - “como instase el tiempo en que convenía dividimos y separamos unos de otros (lo cual también esperábamos con sumos deseos para llegar cuanto antes al fin que teníamos ideado y establecido, y con vehemencia deseado)”²⁴ -, consolidan su comunión y acogen el voto de obediencia a uno de ellos. Recogidas en Cinco Capítulos las presentan al Papa para su aprobación. La *comunidad de amigos* se transforma en un *cuerpo apostólico*, creado precisamente para que la dispersión, que se avecina con las misiones que empieza a confiarles el Pontífice, no deshaga “la unión y congregación que Dios ha hecho”, sino que la confirme y establezca más. Los compañeros deciden por unanimidad permanecer de tal suerte unidos entre ellos “y coligados en un cuerpo, que ninguna división de cuerpos, por grande que fuese, nos separase”. Conforman una *comunidad para la dispersión*. La “amistad en el Señor” que está a la base de esa comunión, habrá de perpetuarse a través de estrechos vínculos, de modo que “reduciéndonos a un cuerpo, tengan cuidado los unos de los otros y mantengan inteligencia para mayor fruto de las almas”²⁵. Estos vínculos, más explicitados, pasarán a la Parte Octava de las *Constituciones* de la Compañía como medios para la unión de los ánimos: el *amor de Dios* nuestro Señor, *la comunicación*, *la uniformidad*, o “conformidad de ánimos”, como la llamaba Francisco Javier, y *la obediencia*.

*conforman
una comunidad
para la dispersión*

El amor de Dios, vínculo principal de unión

“El vínculo principal de entrambas partes, para la unión de los miembros entre sí y con su cabeza, es el amor de Dios nuestro Señor. Porque estando el superior y los inferiores muy unidos con la su divina y suma Bondad, se unirán muy fácil entre sí mismos, por el mismo amor que de ella descenderá y se extenderá a todos prójimos y en especial al cuerpo de la Compañía”²⁶.

La convicción que nos entregan Ignacio y sus compañeros en este texto de las *Constituciones* es de extraordinaria belleza y profundidad teológica. La comunión en la Compañía es un *don recibido de arriba*. El amor *desciende* de Dios y se derrama sobre nosotros por la habitación vivificante del Espíritu; y ese *mismo amor*, desde nosotros, *se extiende* a todos los hombres y *en especial al cuerpo de la Compañía*. Desde aquí se entiende plenamente aquella afirmación de la Deliberación de 1539: la unión y congregación de la Compañía, la ha hecho Dios con su amor. En su escueta formulación, el texto es una breve pieza de teología del amor como comunión. Amor de Dios y amor del prójimo están indisolublemente ligados: el amor eterno de la Trinidad es la fuente del ágape fraterno, que infundido en nosotros como un don, nos capacita para amar a Dios y para vivir en una íntima comunión de intercambio y reciprocidad con todos los hombres, a imagen de la misma comunión trinitaria. El texto es una invitación al jesuita para unificar su amor personal a Dios, su comunión con los compañeros y su celo apostólico con toda clase de personas.

Aquí encuentra su nervio la sencilla frase de la amistad en el Señor unidos cada uno a Jesucristo por el amor personal de amistad con que El *nos llama* (“a ustedes no los vengo llamando siervos, sino amigos”, ver Jn.15,14-15): ese mismo amor brota de nosotros como de un manantial y se desborda, estrechándonos mutuamente como amigos en el Señor dentro de la Compañía y enviándonos a amar y servir a todos los hombres y mujeres. De esta manera, como lo expresa la Congregación General 33 citada al comienzo de este trabajo, nuestra raíz está en la experiencia de Dios que, en Jesucristo, *nos llama, nos reúne y nos envía*.

La amistad en el Señor es, pues, el amor de amistad con el que Jesús nos llama a cada uno y que, compartido entre nosotros, nos reúne en la Compañía. Pero esa amistad no se agota en el estrecho límite de una comunidad que, por ser apostólica, tiene su centro de gravedad hacia fuera, hacia el prójimo. Somos amigos en el Señor con los laicos, nuestros colaboradores y con quienes nosotros estamos llamados a colaborar. Somos amigos en el Señor con sus preferidos, los pobres, como lo declaran las *Normas Complementarias* cuando dicen: “nuestra sensibilidad frente a esta misión se verá fuertemente afectada por el frecuente contacto con esos “amigos del Señor” [los pobres y marginados], de quienes siempre podemos aprender mucho acerca de la fe”²⁷.

Parece que esta realidad se vivía ya en la naciente Compañía, casi diez años después de que Ignacio escribiera a Verdolay sobre sus amigos en el Señor. Es significativo que en 1546, el propio día de la inesperada muerte de Pedro Fabro, el entonces secretario de la Compañía, Bartolomé Ferrao, enviara una comunicación en la que informaba cómo el primer compañero de Ignacio había fallecido aquel primero de agosto, rodeado de “*muchos amigos en el Señor y la Compañía*”²⁸. A qué amigos se refería el secretario, no lo podemos saber exactamente; pero teniendo en cuenta que “la Compañía” designaba en aquellos tiempos al grupo de los profesos fundadores, los “amigos” serían quizás los dos jesuitas, todavía novicios o escolares, y aun los amigos y bienhechores más cercanos. De todos modos, la nota sugiere que poco tiempo después de fundada la Compañía, ya se había introducido en el lenguaje familiar de los primeros jesuitas aquella espontánea expresión del Maestro Ignacio.

Los primeros colegios que Ignacio enviaba a las universidades, compuestos por pequeños grupos de escolares acompañados por un compañero más experto y familiar con el espíritu de la Compañía, trataban de reproducir el modo de vivir y proceder de los padres fundadores y constituían comunidades en donde la amistad en el Señor era un ideal y una tarea. La comunidad que se había gestado en torno a Ignacio en la universidad parisiense, fue el paradigma de toda otra comunidad de la Compañía que comenzaba a dispersarse por el mundo. Las cartas escritas desde diversos lugares al General, Ignacio, y las respuestas de éste, atestiguan ese esfuerzo de fidelidad al carisma primitivo, a “la unión y congregación que Dios había hecho” mediante la amistad en Jesucristo, llamándolos, reuniéndolos y enviándolos a ayudar a todo prójimo.

*la experiencia de Dios en
Jesucristo...*

La Compañía, renovada y revigorizada en su vida y en su misión, habrá de volver su mirada a aquella

inspiración primigenia para traducir a las condiciones, a las diversas culturas, a los desafíos del mundo contemporáneo, la mejor manera de vivir y de expresar la amistad en el Señor. El mismo Espíritu que se dignó comenzarla es el que la conserva, la riges y la lleva adelante en el divino servicio. La Compañía, como Ignacio, se dejará conducir dócilmente por El, para encontrar su más excelente forma de vida y de servicio. Así nació y así seguirá creciendo: con el aliento vivificante del Espíritu.

El Padre Arrupe, a quien debemos que la Compañía se haya reconocido en la frase de su fundador, decía que hay que “reengendrar cada día la Compañía”. Ella

“no es un objeto inerte, sino una vida que se transmite y que se abre por sí misma camino. Algo que hay que ir haciendo todos los días y que se va entendiendo en la medida en que se va haciendo. San Ignacio murió haciendo y entendiendo cada vez más la Compañía. Es una historia, en fin, dentro de la historia del hacer de Dios con los hombres, una parte de ese hacer”²⁹.

... nos llama,
nos reúne y nos envía

Cuanto más frágil experimenta la Compañía de Jesús su comunión, cuanto más complejo sea entender y vivir la amistad en el Señor hoy, más ha de empeñarse en fortalecer la comunión con El y entre todos los compañeros en El. Para eso debe apelar incesantemente al carisma originante y leerlo a la luz de los desafíos actuales y futuros. Habrá de buscar y encontrar su punto de referencia en la *comunidad-memoria* y en los vínculos de comunión trazados por las *Constituciones* para mantener vigorosa la unión de los ánimos en un cuerpo apostólico disperso por todo el mundo³⁰.

NOTAS

1. MI, *Epp.*, I, 118-123, Carta a Mosén Juan de Verdolay, Venecia, 24 de julio 1537. Ver B. Hernández Montes, “Original de la carta de San Ignacio a Mosén Verdolay”, *Manresa*, 56 (1984) 321-343.
2. CG 34, d-26, n. 11.
3. Peter-Hans Kolvenbach, S.J. *Carta sobre la Vida comunitaria*, marzo 1998
4. MI, *Epp.*, I, 122.
5. MI, *Epp.*, I, 123.
6. MI, *Epp.*, I, 149.
7. CG 33, d.1 n.11.
8. Ver *Autob.*, n.27
9. “Quo tempore Lutetiae fuit, non solum studia literarum sectatus est, sed animum simul intendit quo spiritus illum ac divina vocatio ducebat, ad ordinem religiosum instituendum, tametsi singulari animi modestia ducentem Spiritum sequebatur, non praeibat. Ataque deducebatur quo nesciebat suaviter, nec enim de ordinis institutione tunc cogitabat, et tamen

pendentium ad illum et viam muniebat et iter faciebat quasi sapienter imprudens, in simplicitate cordis sui in Christo”. Nadal, V [Commentarii de Instituto S.I.] Dialogus II, pp. 625-628.

10. Commentarium de origine et progressu Societatis Iesu Patris Simonis Roderici, n.2, FN, III, 10.
11. Carta toda la Compañía sobre la Vida comunitaria, nn. 3-4, 12 de marzo de 1998; subrayado nuestro.
12. Carta sobre la Vida comunitaria, n. 4.
13. Ver CG 34, d.8, n. 32.
14. MI, *Const.* I, p. 3.
15. Fabro, *Memorial*, FN, I, 4, 8.
16. *EE* 16.
17. *Autob.*, n.82.
18. Ricardo García-Villoslada, S.J., *San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía*, BAC, 1986, p. 361.
19. Summarium ispanicum, n. 52, ver Bobadilla, 615.
20. "Et ita fovebatur et augebatur inter ipsos in Christo dilecto", FN, II, 567; ver Summ. Hisp., n.55; Láinez Epist., n. 30; Ribadeneira, FN, IV, 233.235
21. FN, IV, 233-235
22. MI, *Const.*, I, pp.1-2. El texto del acta está en latín, Utilizo la traducción española tomada de *Cartas de San Ignacio de Loyola*, tomo I, apéndice II, 4, Madrid, 1874.
23. A quien esté interesado en abundar sobre el tema le recomendamos la lectura del estudio de André Ravier, S.J., *Profils psychologiques d'Ignace de Loyola, de ses premiers compagnons de Paris Venise et de ses principaux 'hommes de confiance'*. - *Esquisse de leurs relations*, publicado como apéndice en "Les chroniques. Saint Ignace de Loyola". Nouvelle Librairie de France, 1973. Una traducción de Fernando García Escalante, S.J., fue también publicada en las Noticias de la Provincia Mexicana a lo largo de 1997 y 1998, con el título: "Perfiles psicológicos de Ignacio y los primeros compañeros". Los perfiles y el esquema son resultado de los análisis caracteriológicos y del estudio literario de los estilos, pero incorporados en la visión global de los comportamientos históricos de ellos, añade en nota el autor. Se sugiere también la lectura del artículo de L. Beimaert, "L'expérience fondamentale d'Ignace de Loyola et l'expérience psychanalytique", publicado en *Le Pychanalyse* (vol. III, 1957). Tenemos, además, en español, dos ilustrativos folletos: Javier Ubeda y Juan Lorente, S.J. *"Ignacio de Loyola y sus primeros amigos"*, Audiprol, Programas audiovisuales, Madrid, 1990; André Ravier, S.J. *"Los diez primeros jesuitas"*, traducido por Benito Campos y Pedro Aguirre, Obra Nacional de la Buena Prensa, México.
24. MI, *Const.*, I, pp. 1-2.
25. MI, *Const.*, I, pp. 1,2.
26. *Const.* 671.
27. *Normas Complementarias*, n.246 &1º.
28. MHSI, Beati Petri Fabri primi sacerdotis e Societate Iesu epistulae, memoriale et progressus, pp. 481-482.

29. Pedro Arrupe, S.J. "Rengendrar cada día la Compañía", Lima, Perú, 31.VII.79, en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, 1981, p.487
30. Ver Javier Osuna, S.J., *Amigos en el Señor. unidos para la dispersión*. Colección Manresa n,18, Mensajero-Sal Terrae, 1998, pp.456-459, El texto de conferencia ha sido tomado a partir de esta obra recientemente publicada.